José María Usandizaga

El niño prodigio continúa siendo prodigio cada vez más sorprendente; pero de niño ha pasado a ser hombre de los que dominan en las altas cumbres del arte musical.

José María Usandizaga y Soraluce procede de familias tan donostiarras como lo atestiguan sus dos apellidos, y de ellos ha heredado un afecto tan apasionado y vehemente por su pueblo natal, que bien puede decirse no le cabe dentro del cuerpo.

Su inclinación a la música se manifestó en cuanto tuvo uso de razón. Él mismo recuerda que siendo niño de seis años y hallándose enfermo, su padre le compró un pianito, y con aquel juguete se entretenía en la cama haciendo sonar las diminutas teclas.

No había para él juguete comparable a aquel piano de cristal en el que, con el natural asombro de los oyentes, repetía Jose Mari las composiciones que ejecutaba en la Alameda la Banda municipal.

Pero contra lo que puede imaginarse dada la edad de aquel niño prodigio, no eran su predilección los pasodobles, valses y polkas más o menos dislocantes, antes por el contrario tenía sus preferencias por las obras de concierto, por las grandes creaciones del arte musical. Por esta precocidad creyeron descubrir al pianista, donde se manifestaba el compositor.

Recibió las primeras lecciones de música del conocido profesor de la localidad D. Germán Cendoya, y los progresos realizados en poquísimo tiempo causaron la admiración de su maestro.

Puestas en evidencia de modo tan brillante las excepcionales facultades del joven Usandizaga, hubo de adoptarse una resolución definitiva en orden a su porvenir. Su cariñoso padre, nuestro buen amigo

D. Carlos, no quiso aventurar una decisión sin antes escuchar los dictámenes desapasionados de personas competentes y de autoridad en la materia. Y uno tras otro fueron examinando al adolescente, cuantos prestigios en el divino arte pudieron hallarse dispuestos a este efecto.

La opinión fué unánime, categórica, rotunda. Joše Mari debía dedicarse a la música.

Y de conformidad con aquel dictamen, se le trasladó a París a comenzar sus estudios en la «Schola Cantorum». En esa institución que si no ostenta pomposo título oficial de Conservatorio, cuenta en cambio en su profesorado con verdaderas eminencias como Debussey, d'Indy, el inolvidable Charles Bordes y otros meritísimos maestros.

No tardaron en palparse los grandes progresos realizados por el joven Joše Mari. El Consistorio de Juegos Florales Euskaros se enorgullece de haber recibido las primicias de su fecunda e insuperable producción artística.

En 1906, en el Concurso celebrado en San Sebastián con motivo de las Fiestas euskaras, obtuvo el primer premio por su rapsodia sobre cantos vascos «Irurak bat».

El éxito alcanzado en este certamen no fué más que nuncio que anunciara los sucesivos triunfos. Así el siguiente año, al celebrarse las fiestas de Elgoibar, consiguió también el primer premio por su sinfonía vasca «Bidasoa», y al inmediato obtuvo en Eibar otro primer premio por su pasodoble vasco «Euskal festara» y el primer premio en Hernani al otro año por «Chorichua, ¿nora ua?», hermosa serie de aires vascos armonizados para cuatro voces de hombre.

Era, en efecto, el campeón entre cuantos acudían a estas honrosas lides del arte musical vasco.

Además de estos trabajos que popularizaron por todo Guipúzcoa el nombre de su afortunado autor, compuso otras obras que dedicó al Orfeón Donostiarra, brillante entidad a la que ha profesado sincero y entusiasta afecto.

Pero cuando adquirió verdadero relieve la personalidad de Usandizaga, fué al dar a conocer su ópera *Mendi Mendiyan,* que, como diría Campanone, fué para el autor la *prova de una ópera seria.*

No vamos a recordar el efecto que en Bilbao y San Sebastián produjo esta hermosísima composición, verdadera joya de la lírica vasca. Allí el triunfo no fué de la fábula, del libreto; el triunfo grande, in-

menso, colosal, fué de la partitura, del numen prodigioso, de la inspiración soberana, de la técnica asombrosa de que hizo maravilloso alarde nuestro incomparable Joše Mari.

Después compuso para las fiestas del Centenario el Himno para bandas de música, cornetas, tambores y coro general, de efecto grandioso y avasallador.

Toda esta brillante historia artística la ha coronado estrenando en Madrid su zarzuela *Las golondrinas* con un triunfo definitivo, inmenso, estupendo, superior a toda ponderación.

Como dice muy bien un cronista de la región, «no es ya el aplauso del paisano, el orgullo del coterráneo, el entusiasmo de los amigos, ni es en su misma tierra donde ha quedado consagrado como músico eminentísimo, hábil compositor y gran armonista que, sin separarse de las reglas y leyes, no se somete a la férrea palmeta de la gramática, nuestro querido *anaya* Usandizaga.

»Este ha triunfado en toda la línea fuera de casa, en escenario extraño, con la expectación de todos, bajo la mirada del tigre que domina a la pantera».

Así ha sido el último triunfo de Usandizaga, triunfo clamoroso, formidable, estupendo, que hace rebosar nuestros corazones de íntima y noble satisfacción, porque consideramos como propios sus éxitos maravillosos.

A ello nos autoriza el propio Joše Mari, al dirigirse a nuestro alcalde, en un arrebato de puro y castizo donostiarrismo, para telegrafiarle: «Ruego transmita querido pueblo ovación que recibí».

Felicitémonos, pues, por la consagración unánime del artista donostiarra, gloria indiscutible de la Euskal-erria; y enviémosle el parabién más efusivo y la más cumplida y cariñosa enhorabuena.

E. E.